CAPÍTULO I

Tengo el nombre de una niña muerta. Lo arrastro como un peso que no me deja descansar.

Cuando ella se fue, vine yo a ocupar su espacio. Un espacio demasiado grande. Dicen que cada persona nace con un propósito. Yo creo que nací para ser un parche.

Mi casa huele a viejo y a verdura cocida. Me muevo por ella con cuidado, como si el recuerdo de mi hermana fuera una vajilla de porcelana que podría romperse en cualquier momento.

Mamá me peina igual que en las fotos de esa niña. Cuando termina, revisa bien las sienes, los lados, comprueba que no haya ningún bulto y me da un beso en la frente que se me queda pegado durante horas.

En mi cuarto hay un pequeño espejo colgado de la pared. Tengo que ponerme de puntillas para verme un poquito. Busco mis ojos, pero solo encuentro los suyos. Fijos. Susurrándome en la nuca.

A veces pienso que ella no se fue del todo.

He visto vídeos de cuando era un bebé. Mis padres la miran con los ojos muy abiertos y sonríen, satisfechos, como si no creyeran que esa niña tan perfecta fuera real.

Mamá se los pone de vez en cuando y llora sin hacer ruido. Cree que no me doy cuenta porque miro para otro lado. Pero la veo.

Intento recordar mi propia cara de bebé, la de mi abuelo o mi sexto cumpleaños, pero solo hay niebla. Mi cabeza no guarda las cosas en fila y los recuerdos se enrollan; cuando busco uno, no lo encuentro, huye como un pececito.

Pero sí recuerdo el día en que *ella*, mi madre, tiró todos los platos al suelo. El estruendo. Cómo se quedó contemplando los pedazos sin moverse. Y luego papá los barrió mientras *ella* gritaba, acurrucada en el sofá como una gatita mojada.

No sé cuánto hace de eso. Solo sé que pasó.

También me acuerdo de cuando estuvo muchos días sin salir de la cama. La peste de su habitación llegaba hasta el salón: a ropa sucia y a algo dulce pudriéndose. Algunas cosas se me clavan en la memoria; otras se borran. A veces me viene la imagen de una pelota de colores botando en el jardín. Puede que *ella* estuviera jugando conmigo, pero al apretar los ojos para verla mejor, solo veo a la abuela y luego a papá. Es como si ese recuerdo estuviera roto.

—Mamá, yo quiero queme queme llamen Cacacami —digo entrando en la cocina.

—¿Cami? ¡No seas ridícula! Tú tienes un nombre perfecto. Camila es precioso. —Se queda muy quieta, con la mirada fija en un punto de la pared, por encima de mi hombro—. Deberías sentirte orgullosa. Camila era una bendición —suelta entonces.

—Pero Cami me me me gusta más.

—¿Por qué?

—Porque papaparece otro nombre.

Suspira igual que si hubiera terminado una tarea pesada y se va.

Entro en el salón y saludo a mi abuela. Noto que toma aire antes de decir mi nombre, como si esperara que esta vez sonara distinto. Yo sonrío igual que he visto en las fotos de esa niña; lo he ensayado muchas veces, pero en sus ojos siempre queda un fondo de decepción.

Duermo en la habitación de una niña muerta. Todo estaba allí cuando yo llegué. Solo hay una ventana. Por la mañana entra mucha luz, pero por la tarde casi nada. Enfrente de la cama

está la puerta. Encima de la cómoda, clavado en la pared, ese espejo pequeño y redondo. Lo único que me gusta es su escritorio. A mi hermana le encantaba sentarse a colorear y hacer puzles en esta mesa. A mí solo me salen unos monigotes temblones. Aun así, a veces me siento y acaricio la madera. Cada vez que enciendo la lámpara blanca con lunares rojos, pienso que ella hizo lo mismo muchas veces. Pero ella no pensaba en mí.

Ella era libre. Era única. Nadie la confundía.

En el colegio la luz es distinta, más limpia. Me gusta pasear por el patio con Silvia. Habla sin parar; se sabe todos los cotilleos. A veces exagera o se inventa la mitad, pero me da igual. De repente me pregunta: «¿Tú no dices nada?», y nos reímos. Aunque podría decir muchas cosas, con escucharla tengo bastante.

Hace poco, un niño mayor me puso la zancadilla. Caí y me raspé la rodilla. Silvia se enfadó tanto que lo empujó y lo tiró al suelo. Es mi amiga.

Camino por mi casa como si no fuera mía. Espero que la otra Camila no se enfade porque intente ocupar su hueco. También espero que no se haya enfadado porque rompí el cenicero de barro que les hizo a mis padres. No fue un accidente.

En mi habitación, como en el resto de la casa, hay muchísimas fotos de ella: una niña perfecta, sonriente, congelada en el tiempo.

Tiene el pelo muy claro, casi rubio, como si le hubieran echado sol por encima. El mío, en cambio, es... más normal. Más oscuro.

Me toco un mechón y lo estiro delante de mis ojos.

Si mi pelo fuera más claro, como el de ella, quizá me miraría de otra forma. No como a un parche, sino como a alguien que de verdad merece estar aquí.

Mi hermana murió y les duele más verme que no verme.

A veces siento que ella todavía está aquí.

No en la casa.

Dentro de mí.

He oído mil veces la historia. A *ella* no le gusta hablar de eso. Lo entiendo.

Este año haré la comunión. Gracias a Dios, Camila murió con cuatro años. Si no, tendría que ponerme el vestido de una niña muerta.

CAPÍTULO II

Me gusta coleccionar pegatinas y cartitas de olor. Las guardo todas en una carpeta y me encanta sentarme a mirarlas. Las cuento una y otra vez, aunque el número casi no cambia. Mi pegatina favorita es la de un duende que abraza la luna. Los ojos del muñeco son adorables porque los tiene un poquito tristes, pero en realidad parece contento. No la toco mucho, por si se le borran los colores.

Las tardes de verano me escondo en el porche trasero de casa. Sin hacer ruido, como un gato callejero. Repaso mis tesoros y observo el enorme hueco del jardín.

Me imagino a mí misma riendo y chapoteando con la abuela hasta que se hace de noche. La piscina lleva años seca. De hecho, no recuerdo haberla visto con agua jamás. Es un rectángulo con pequeños azulejos azules. En el fondo hay hojas secas y tierra; un vacío que nadie se atreve a llenar.

Ella no deja que en la piscina entre ni el agua de la lluvia. En cuanto caen cuatro gotas, coge un cubo y la saca enseguida, como si temiera que volviese a tener hambre. De nada ha servido que le pidiera cada verano llenarla, aunque fuera un poquito. Está cubierta con una red de plástico y el primer peldaño de la escalera, partido por la mitad. Aunque creo que no sería difícil saltarlo.

El porche es pequeño y el suelo tiene baldosas grises. En un rincón, pegada a la pared, hay una mesa con cuatro sillas, una encima de otra y cubiertas por una lona blanca con unas manchas amarillas. Parece un fantasma.

He oído tantas veces la historia del accidente que casi creo haberlo visto: la piscina, las sirenas, el cuerpo flotando, los lloros. Ahí mismo. Mi hermana tenía cuatro años cuando murió. La encontraron ahogada en esta pequeña piscina. Camila se levantó por la noche, salió al porche y se cayó al agua.

No sabía nadar. Ni siquiera gritó. Nadie la oyó. Papá se fue a trabajar temprano y no se dio cuenta. *Ella* fue a despertarla para llevarla al colegio, pero la cama estaba vacía. Después de buscarla por toda la casa, se le ocurrió salir fuera. No tardó mucho en verla allí, flotando. Hasta oigo las sirenas de las ambulancias. ¡Ninoninoninooo! Llegaron enseguida, pero no sirvió de nada. Luces que se encienden y se apagan, nervios, prisas. Y, al final, lloros.

Y unos gritos tan fuertes que aún llegan al porche trasero de mi casa, como un eco.

Desde la distancia, la casa es una caja blanca y cuadrada con las ventanas bien protegidas por rejas negras. Hay desconchones aquí y allá, y unas manchas que trepan por la fachada, oscuras y húmedas como dedos sucios que intentan llegar al tejado. A veces mi madre intenta limpiarlas con un cubo de lejía. Frota y frota con fuerza, hasta que las manos se le quedan rojas y secas. Desaparecen unos días, pero siempre vuelven.

A mí me gusta el agua. De cuando en cuando *ella* me lleva a la piscina municipal. Nadar es divertido, pero no me gusta el bañador que me eligió. Le da un poco de miedo el sol y no quiere que pase frío, así que me llega hasta las rodillas y es de manga larga. Muy incómodo. Me obliga a ponérmelo en casa, debajo de la ropa, y durante todo el viaje en coche no paro de rascarme. Me pica y me ahoga.

En la piscina no juego, hago ejercicios con una tabla para aprender a moverme mejor; aun así, es divertido. Lo que pasa es que no acabo de entenderme con mi cuerpo. A veces no

me obedece; otras, las palabras se tropiezan con los dientes. No como a mi hermana.

Ella resopla cuando intento abotonarme la camisa. Los dedos se enredan en el primer botón y no lo consigo.

—Déjame —dice *ella*, apartándome las manos.

No parece enfadada. Solo cansada.

No es joven ni vieja. Lleva casi siempre el pelo recogido en un moño apretado y tiene unos ojos que son como linternas con las pilas casi gastadas. Debió de ser guapa, pero ahora da la impresión de que ya no le importa que la observen, solo quiere que la dejen en paz.

Su cansancio también me pesa a mí. Cada uno de mis movimientos es una pequeña derrota para *ella*. Me tiemblan las piernas cuando retuerce las manos si intento decir una frase larga. Mi lengua parece una persiana atascada.

En el colegio es distinto. Allí no importan mis defectos. Me gusta ir a clase y jugar en el recreo con las otras niñas. Algunos días me llevo mi carpeta de tesoros e intercambiamos pegatinas o cartas. Y de vez en cuando me regalan una.

Lo mejor es que allí no conocieron a la otra Camila. Puedo ser yo. Nadie me compara. No tengo que sonreír con una sonrisa que no es mía.

Sé que algunos piensan que no me entero de las cosas. No tienen ni idea. La lengua se me atasca, pero la cabeza no.

Siento que me miran como un flan a punto de desparramarse. Pero yo entiendo todo lo que dicen y, muchas veces, incluso antes de que lo digan. Me fijo en todo. Eso sí se me da bien.

Me sé de memoria cada foto de mi hermana. Aunque nos parecemos, ella es mucho más bonita. Heredó la mirada de mamá y la sonrisa de papá.

Si la miro a los ojos el tiempo suficiente, creo que me observa. Me habla. Me hubiera gustado tener una hermana. Ya que iban

a compararme con ella toda la vida, qué menos que haber podido jugar en alguna ocasión, ¿no? Pero quizá, si ella no hubiera muerto, yo no hubiera nacido.

Desde hace unos días, noto algo diferente. Casi no me atrevo a decirlo en voz alta. Tengo la sensación de que Camila está todavía más aquí, pero no por la casa, sino dentro de mí. Como si ella quisiera volver y me empujase desde dentro para echarme.

La oigo en mi cabeza. Veo cosas. Recuerdos que no son míos y que me hacen temblar.

A veces tengo miedo de despertarme y que no quede nada de mí.

—Camila, ¿quieres cenar? —Su voz es suave, pero está cargada de algo que no sé nombrar. Siempre me ha parecido que habla más con la niña que murió que conmigo.

—Sí, mamá.

Me siento a la mesa. Soy una visita que se ha quedado demasiado tiempo.

Hoy toca puré de calabaza, patata y zanahoria. Grumoso y tan espeso que se me pega al paladar. No le echa sal. Si cierro los ojos, es como comer cemento. Trago deprisa, así me puedo ir a ver la tele al salón.

La abuela me roza el brazo por debajo de la mesa. Habla poco y a veces dice disparates. Mamá comenta que son cosas de la vejez. Su piel rugosa me hace cosquillas. Y de pronto sucede.

Camila vuelve a colarse en mi mente. Está empezando a colocar sus cosas, como si planease una mudanza.

No sé si es la abuela o mamá, pero alguien me coge por los sobacos y me sienta en un triciclo rojo. Pero yo nunca he tenido un triciclo. Huelo el aroma de flores en el jardín, pero tampoco hemos tenido nunca flores. La fuerza del sol me quema la cabe-

za. Oigo la risa de Camila y la voz sale de una parte de mí que no es mi cuerpo.

Este recuerdo no es mío.

Las palabras de la abuela consiguen sacar todas esas cosas de mi cabeza.

—Camila, ¿por qué tienes el pelo mojado? —Me clava la mirada, horrorizada, con los ojos muy abiertos. Yo me toco la cabeza y el corazón se me para un segundo. Tengo el pelo completamente seco.